

autor precisa al finalizar el libro: unificar a los obreros bajo la tutela gubernamental, y luchar por el contrato colectivo de trabajo y por salarios basados en la capacidad económica de cada industria (p. 290).

En fin, este es un libro útil especialmente para el lector norteamericano; el lector mexicano tendrá un motivo de reconocimiento por la simpatía con que el autor trata los temas que significaron motivo de lucha entre México y Estados Unidos en esa época.

Moisés GONZALEZ NAVARRO  
*El Colegio de México*

Nelson REED: *The Caste War of Yucatán*. Stanford, Stanford University Press, 1967. 308 pp., ilus., mapas.

Tal vez no haya episodio de la historia mexicana del que se tenga más confusa información que la guerra de castas en Yucatán, ya que en las historias generales del país no merece sino unos párrafos, nunca demasiado explícitos. El libro de Reed, que ordena un riquísimo material documental y elaborado, viene a ser una buena oportunidad de acercarse a la guerra y enterarse de la enredada maraña de acontecimientos que tuvieron lugar del año de 1847 hasta el de 1901.

En general se ha dado el nombre de "guerra de castas" a las rebeliones que tuvieron lugar los años de 1847 a 1850, pero queda completamente claro en la relación que hace Reed que la organización de Chan Santa Cruz en 1850 que perduró hasta 1901, fue el refugio de los rebeldes que continuaron una guerra constante contra los "blancos" de Mérida y mantuvieron un gobierno independiente. El autor centra las causas de la guerra en cuatro elementos combinados: 1) la división de razas que, más que simple segregación en la vida, significaba la separación de los grupos con concepciones opuestas del mundo; 2) la independencia provocó una inestabilidad política, al mismo tiempo que permitió que los mayas enrolados en los ejércitos criollos se asomaran al uso de las armas y tomaran conciencia de la posibilidad de usar la violencia en forma organizada; 3) el ascenso de los criollos al gobierno con el rompimiento del nexo con España, quitó a los indios la única forma de defensa que tenían: la de apelar a la Corona; 4) la "modernización" que, introdujo la explotación del henequén, produjo el lento desalojamiento de los mayas y de la siembra de su planta divina, el maíz; de ma-

nera que los mayas se vieron obligados a pelear para defender su propio mundo.

La guerra de castas tuvo lugar al mismo tiempo que la guerra con los Estados Unidos y es una muestra más del estado de desintegración a que había llegado la organización política mexicana. La masacre de Valladolid en 1847, aparentemente un hecho aislado, dio a los mayas una idea de su poder, que al iniciarse la guerra en 1848 fue evidente. El relato de los sangrientos acontecimientos aclara perfectamente el por qué el gobernador Méndez buscó la protección de España, Inglaterra y los Estados Unidos. Los yucatecos estaban dispuestos a vender su soberanía política para conservar el pellejo, lo que resulta bastante comprensible. Los indios recibían armas de los ingleses, según parece más que por expansionismo territorial, por simple espíritu comercial, ya que los mayas sin duda lograron ricos botines y eran viejos clientes suyos. Más tarde, los mayas buscaron la protección de la reina Victoria, pero parece que el caso nunca se consideró seriamente en Londres. Según se desprende del relato, los yucatecos se vieron obligados a buscar la ayuda de los Estados Unidos para sobrevivir, no por "donjuanismo", como insinúa el autor (tomando la expresión de Altamira). Justo Sierra O'Reilley viajó a Washington para ofrecer la neutralidad de Yucatán en la guerra con México, a cambio de que los americanos desocuparan Ciudad del Carmen y que cancelaran los impuestos establecidos en ese puerto.

En cuanto se hubo firmado el tratado de paz entre México y los Estados Unidos, Méndez se separó del gobierno yucateco, y cuando el presidente Herrera remitió 150 000 pesos del dinero obtenido por la pérdida de los territorios del norte, Yucatán volvió a anexarse a la república.

La crueldad de la guerra era natural como estallido de trescientos años de agravios y puede medirse al leer las pérdidas de vidas en la tabla que adjunta Reed: 247 118 entre 1847 y 1850. Los blancos y mestizos prisioneros de los rebeldes pasaron a ser esclavos y perecieron al por mayor. La guerra tenía sus características peculiares, que ahuyentaron la participación externa. El ejemplo lo representan los 938 soldados norteamericanos licenciados de la guerra con México que, a fines de 1848 y bajo la febril excitación de la reciente guerra, no querían resignarse a volver a la normalidad rutinaria y, en busca de fama y riqueza, se enrolaron como mercenarios del gobierno de Yucatán al mando del capitán Joseph White; enviados a Tekax duraron poco en servicio, por desertión o por muerte. Uno de los líderes mayas lo explica cándidamente: "fue muy fácil matar a esos blancos

extraños, eran grandes y luchaban en línea como si marcharan, en cambio los blancos de Mérida luchaban como nosotros, tendidos o escondidos trás árboles y rocas" (p. 112).

La guerra provocó la carencia de todo y terminó con los recursos del estado. Esto propició una medida drástica: la venta de mayas a Cuba. La medida duró de 1848 a 1861 y ha hecho tristemente célebre al gobernador Barbachano, aunque Reed le encuentra algunas justificaciones. Se vendían los prisioneros que habían cometido faltas que ameritaban la pena de muerte, de manera que era una forma de concederles la vida. Los contratos, además, fijaban un servicio de diez años y en último lugar, el estado necesitaba el dinero y obtenía veinticinco pesos por cabeza (!).

Para 1850 los ladinos habían logrado recobrar la supremacía, pero en Chan Santa Cruz se organizó toda una comunidad rebelde perfectamente estructurada. Le dio cohesión la aparición de una cruz parlante, origen del nombre de "cruzob" que tomaron sus habitantes. Se constituyó una sociedad jerárquica que mucho recuerda a la sociedad maya prehispánica, en cuya cima estaban los jefes religioso y político (*Tatich* y *Tata Nohoc Zul*, ligeramente más elevado el religioso) y en cuya base, después del hombre común (*mazehualob*), estaban los esclavos (blancos o cualquier individuo no cruzob). Su suerte varió con los años, pero lograron alguna estabilidad mediante el comercio con los ingleses y la gran cohesión que les daba la Cruz. Entre 1858 y 1861 se hicieron especialmente fuertes al tomar Bacalar y asaltar Tunkas, pero su suerte declinó después de 1876 cuando, con la victoria del partido porfirista, se terminaron prácticamente las décadas de anarquía en Yucatán. Más grave para los cruzob fue el acercamiento Díaz-Gran Bretaña que impedía el comercio abierto con ellos. Pero el fin de la rebelión indígena —una de las que excepcionalmente logró el éxito— lo trajo la técnica y la modernización. En 1899 se otorgaron concesiones para explotar la zona norte y este de Yucatán a la Compañía Agrícola y a la Compañía Colonizadora que con sus trabajadores mexicanos, negros y coreanos fueron penetrando incontinentemente con vías de ferrocarril y maquinaria. Junto a este hecho, para octubre de 1899, apareció en la escena el general Ignacio Bravo que paciente y metódico logró para el 5 de mayo de 1901 tomar definitivamente Chan Santa Cruz (Santa Cruz de Bravo hasta 1915.)

El libro está bien logrado, la sensibilidad del autor y su extremada acuciosidad compensan ampliamente su falta de profesionalismo. Hace gala de esa gran simpatía que extrañamente

despliegan los americanos para los indios de otros países, pero nunca para los propios; en consecuencia hay aquí y allá, muestras de sus prejuicios antihispánicos, pero sin duda su lectura resulta apasionante.

*Josefina Zoraida VÁZQUEZ DE KNAUTH*  
*El Colegio de México*

May N. Díaz: *Tonalá: conservatism, responsibility and authority in a mexican town*. Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1966. 234 pp.

Este libro de antropología contemporánea forma parte de un amplio programa de investigación sobre cambios culturales, dirigido por George M. Foster, de la Universidad de Berkeley; el autor estaba encargado de analizar los efectos que el crecimiento y la industrialización de la millonaria ciudad de Guadalajara pudieran tener sobre la vecina comunidad soñolienta de Tonalá. El resultado ha sido un libro muy agradable y de muy fácil lectura, y no por eso carente de valor; volumen y pesadez no significan necesariamente riqueza. De una manera personal, la autora, que ha vivido con su familia en la pequeña ciudad que estudia, esboza de ésta un retrato vivido que se inicia por un breve recuerdo histórico, al que sigue un capítulo (cap. III: "City and town") referido a sus relaciones con Guadalajara, la capital regional cuya influencia se hace sentir más allá de las fronteras de Jalisco. El corazón de la obra está consagrado a la vida de la familia, célula de base de la sociedad y de la economía, elemento esencial en la resistencia a la modernización. El plan que se sigue es lineal, cronológico, racional: puesto que la familia principia con el matrimonio, es por ahí que se comienza (cap. V: "El alfarero se desposa"; cap. VI: "Entre las paredes de la casa"; cap. VII: "En familia"), para salir después de la morada (cap. VIII: "El mundo social exterior"), en búsqueda de las consecuencias económicas de tal organización: el capítulo IX se titula "Ganar el pan". El último capítulo esboza un balance entre los elementos de estabilidad y de cambio, y sus páginas —que cuentan entre las más sugestivas del estudio— no pueden no despertar o avivar en nosotros la desconfianza con respecto a los devotos mecanicistas que confían en un desarrollo impuesto desde fuera por simple contagio material.

Así, la fábrica textil —50 obreros— anuncia el desarrollo industrial próximo; Tonalá ofrece una mano de obra barata, po-